Engendros de la Incultura

Empezó a crecer lo sobrenatural
en un rincón estridente de espejos,
de a poco, como una creciente grieta
en la pared, en el techo, en el vitral,
como una purulenta gangrena
reptando como una especie dañina,
como un gusano hambriento de rosas
dejando la huella de su ansia voraz
por las tapas de libros, por sus páginas
con una malsana voluntad de roer
la historia, de raer la verdadera historia,
a fin de crear un entorno malsano.

Un fétido hedor ahoga y se eleva al paso
de lo antinatural con su espeso vaho
empalagoso, propio de las flores del mal,
que se extiende, -siendo asaz cuestionable-,
por la biblioteca, por la sala de estar,
por dormitorios, por la luminosa cocina,
por los baños, patios y verdes jardines.
Todas las estancias perdían su brillo

al paso de tal arrolladora alimaña
que iba apagando la alegría vital,
para sumir en la sinrazón de la locura
a hermanos contra hermanos,
a padres contra hijos, y éstos contra abuelos,
a vecinos contra vecinos,
dentro de ciudades y contra otros pueblos.

Esta flor roja abrió toda su rabia,
-con su estallido un día aciago-,
preñada de larvas, consignas doctrinarias
que repartían cual textos sagrados
como discurso para encender la mecha
de una efectista panacea regional,
en el sagrado seno de la fraternidad,
con la clara voluntad de separar
lo que estaba unido a conciencia.
Como las verdaderas flores del mal
sus espinas pronto rasgaron la carne
y la sangre que brotó, fue de pasión roja
en uno y en todos, pero no latía
más roja en aquellos, que en esta mayoría
que se contenía por la sabia razón.

La otra brilla siendo la única ensalzada,
alimentada por ese asedio sobrenatural.
Crecía en voces con tantas estrategias,
dentro de estudiados simbolismos,
rebrota persistente en goteo oral de fe,
excluyente como todos los dogmas.
Con la ceguera de las sectas,
lo sobrenatural fue escribiendo
desde la infancia su nuevo credo
de raza superior, de pueblo elegido.
Con una cínica mueca de venganza
se iba gestando el huevo de la serpiente,
inoculado con la ponzoña de la revancha,
agitando el oscuro veneno del rencor,
sublimado en las retortas del pasado,
vuelto fétido, innoble gas, inodoro,
incoloro e insípido para propagarse
con la impunidad de una plaga,
poniendo en todo el germen de la locura.

En la cuna, en la manos de la ingenuidad
a la espera, con paciencia y dócilmente

muy quieto casi, aguarda que el virus haga efecto,

casi inmóvil, casi inofensivo, casi inocuo,

con el paso irremediable del tiempo.

Provocó los primeros síntomas

las primeras fiebres de desamor

por los principios, y fue nublado el razonar

para hurgar muy profundo y sacudir

las tripas como si fueran alfombras,

sobre las que pintó falaces consignas

que con meticulosa impunidad,

por arteros manejos, ahondaron la brecha.

Siguieron maquillando su tez en oscuridad

ensombreciendo la con una fe que ciega,

movilizando a la iniciada marabunta

contra la otra sangre rea, culpable por pasiva,

por nula respuesta o por lerda desidia.

Cada día se quemaba más leña,

cada jornada se volaban más puentes

en una febril y gradual escalada.

Al fin la grieta fue una brecha y

más tarde una sima muy profunda

atrapó la agonía de una y otra manada.

Así lo antinatural con mueca burda,
con su sonrisa amplia de sorna
luce un ejercito ondeando absurdas
las banderas del monstruo,
del engendro de la incultura.

Terrassa, 29 de Octubre 2017